

EL VIGÍA CATÓLICO

DE CIUDADELA

CON APROBACIÓN DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA

NÚMERO EXTRAORDINARIO

À LA VIRGEN SANTÍSIMA MADRE DE DIOS EN EL QUINGUAGÉSMO ANIVERSARIO DE LA DEFINICIÓN DOGMÁTICA DE SU INMACULADA CONCEPCIÓN

ACTO DE CONSAGRACIÓN DE
LA PRENSA CATÓLICA ESPAÑOLA

EN EL DÍA 8 DE DICIEMBRE DE 1904
COMPUESTO POR EL EXCMO. Y RVMO. SR. D.

MARCELO SPINOLA,

ARZOBISPO DE SEVILLA

Inmaculada Madre:

HA llegado el momento de que cumplimos un solemne acuerdo, que cuando en el mes de Junio nos reunimos bajo vuestros auspicios en Sevilla para celebrar la primera Asamblea Nacional de la Buena Prensa, adoptamos, lleno el corazón de entusiasmo.

Propusimos entonces consagrarnos à Vos en el misterio de vuestra Concepción, esperando grandes cosas de vuestra eficaz ayuda; y ahora, cuando la Iglesia nos congrega en torno vuestro para que admiremos el gran prodigio realizado en vuestro obsequio, para que alabemos al Autor de él, y para que recojamos de vuestras manos benditas las gracias, de que sois liberal repartidora, lo verificamos con

toda la efusión del alma, entregándonos cuanto poseemos, inteligencia y voluntad, espíritu y cuerpo.

Si, Madre purísima de misericordia y amor; queremos defender la causa sacrosanta de Jesu Cristo, que es juntamente nuestro Redentor y el vuestro, porque si nosotros le debemos la justificación, Vos le sois deudora de vuestra Concepción sin mancha; causa sacrosanta, repetimos, siempre puesta en duros trances en el mundo; mas hoy fieramente combatida por la prensa impia, à la que nosotros intentamos oponer la Buena Prensa.

Y para atinar en esta labor ardua, à Vos nos damos y vuestro auxilio pedimos. Guiad la pluma de aquellos de los nuestros que escriben, para que triunfen de todos los errores. Avivad el celo de los que à propagar sanas lecturas se dedican, para que en todas partes logren sustituirlas à las malas. Excitad el desprendimiento de los que tienen, à fin de que cooperen generosos à la obra. Haced en suma que empujando la enseña de vuestra Concepción, hagamos todos retroceder al enemigo.

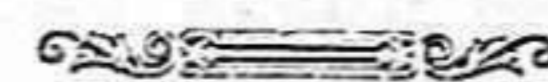
De esta suerte, ocupando las posiciones que el adversario nos arrebató y donde ufano asienta sus reales, enarbolarémos en ellas la Cruz de Cristo, simbolo glorioso de redención y libertad, emblema de esperanzas lisonjeras, y Cristo reinará de polo à polo y Vos con él en el tiempo como reináis en la eternidad. Así sea.

OFRECIMIENTO

DESDE este suelo, oh Maria!
Dó sólo abrojos florecen,
Tus hijos à Ti se ofrecen
Y te aclaman à porfia;
Llena el alma de alegría
Al recordar, Reina amada,
Que fuiste privilegiada
En tu pura Concepción,
Murmuran con emoción:
Salve, Madre, INMACULADA.

G. O. P., *Pbro.*

Ciudadela, Diciembre 1904.



TODA HERMOSA...

Estan tan luminosa la atmósfera de poesía con que nuestra R. ligión rodea á la Madre de Dios, que es necesario no tener alma para dejar de sentir: son tan inmensos los beneficios, tan infinitas las gracias por su mediación obtenidas que es preciso no tener corazón para dejar de serla agradecidos.

Nacida entre los esplendores de la eternidad, creada antes de la formación de los abismos y de la aparición de los colinos, Élla está al lado del Omnipotente cuando coloca los cimientos del mundo, cuando prescribe sus órbitas á los astros, dá asiento á los montes y señala límites al mar.

Pura como las ovejillas del Carmelo, sonrosada como las flores de Jericó, con sus labios cual la grana, con su cuello como la Torre de David, con sus ojos como los de la paloma del desierto, con su sonrisa encantadora como los lirios de Geseu, con su aliento más suave que las brisas de Engadí.

Élla es el objeto más interesante de la poesía litúrgica. Promesa de amor inefable para el hombre caído, esperanza de los pueblos, espectación de las naciones, consuelo de la humanidad...

Élla fué la Virgen predilecta de Israel, en cuya frente ya antes de que naciera estaban escritas las bendiciones del género humano. Por eso se la vé siempre figurar en primer término al realizarse en el tiempo el grandioso drama de la Redención, ora la consideremos regalando sus dulces caricias y sus tiernos besos al recién nacido en el establo de Belen; bien la contemplemos esmerándose en la educación de su divino Hijo en su modesta vivienda de Nazaret; ya la veamos acompañarle en los tres años de sus benditas enseñanzas por las comarcas de la Judea, ora en fin, la admiremos ahogándose en un océano de afición cabe el sagrado madero levantado sobre la colina del Gólgota, siempre y en todos los cuadros de esa inmortal epopeya, María desempeña un papel que vivamente interesa al corazón.

Y esa mujer tan grande, tan especial, tan privilegiada, que desde la eternidad presidió los consejos del Señor, que en el tiempo colmó Jehová de dones y de bendiciones y de gracias inauditas, que fué extraordinaria en su nacimiento, sin igual durante su vida, sin ejemplo en su muerte y sólo al mismo Dios humanado inferior en su ascensión gloriosísima á los cielos, ¿pudo por ventura ni un momento de su ser natural, carecer de los carismas del Altísimo? ¿fué posible que el infierno ni un instante tan sólo se señoreara sobre Élla? ¿dejaría de ser purísima, inmaculada, en el acto de su concepción?

No, no. *Toda hermosa eres, amiga mía*

y no hay mancha en tí. María fué antes Hija de Dios por amor que hija del hombre por naturaleza. Verdad es; creo y confieso: credo et confiteor.

Cantemos pues, con el insigne vate Aparisi sus siguientes inspiradas trovas:

«¡Aleluya! ¡salud! ¡Mirad al cielo
Que con nuevos fulgores resplandee!
Se ha cubierto de rosas el Carmelo.
Y Sión ríe y Engadí florece.

Que en su primer instante con ternura
Espíritu de Dios guardó á María,
Todos manchados, pero siempre pura
Quien ser la Madre de su Dios debía.

En sus ojos luciendo santa llama
Pontífice inmortal lo anuncia al mundo;
Y el mundo arrodillado cree y ama
El milagro de amor grande y profundo.

¡Aleluya! ¡Salud! Tú, Virgen pura
Desde antes que la luz fuese creala,
Inclina á nuestra España en su amargura
De tu inefable amor dulce mirada.»

GABRIEL VILA, *Pbro.*



TRIUNFO DE MARÍA INMACULADA

EN EL
MONTE-TORO

El impiedad envalentonada, por los efímeros adelantos que ha conseguido entre la masa ignorante y poco culta de nuestra Isla, ha llegado á forjarse la ilusión de que era bastante fuerte y poderosa para destronar al Rey de los siglos, Cristo Jesús, y colocar en sus altares la estatua de la diosa razón. En medio de su fanático entusiasmo y engañada por su propio deseo, hace sonar con estrépito la trompa épica de su prensa, y como si viera próxima la victoria, exclama: Eso se va. ¡Qué ha de irse! Ni se va ni se irá, ni puede irse. Desde Nerón hasta nuestros días, todos los enemigos de Jesucristo y de su Iglesia, han dicho lo mismo, y se han quedado con las ganas; ellos se han ido arrebatados, en medio de sus delirios, por la inexorable ejecutora de la justicia de Dios, la muerte, mientras que la Iglesia permanece en pie, con toda la pujanza y varonil-entereza que le suministra la promesa divina de una vida sin ocaso; que no es palabra vana. La formalidad con que Jesús le aseguró; que nunca jamás prevalecería contra de ella las puertas del averno.

La entusiasta y sobretoda ponderación grandiosa peregrinación que subió el domingo 27 del mes último pasado, al Monte-Toro con motivo de celebrarse en el presente año, el quincuagésimo aniversario de la solemne proclamación; como dogma de fé y verdad revelada, de la Inmaculada Concepción de la Virgen Purísima; esa diligencia y esmero con que las clases todas de la Isla se apresuraron á

acudir al llamamiento de su amado Prelado, ¿no es una prueba espléndida, abrumadora, de que no ha muerto en Menorca, la fé que heredamos de nuestros mayores? Millares de devotos peregrinos, unidos por los vínculos de la caridad, sin temor á la fatiga, y haciendo cara á la inclemencia del tiempo, subieron á aquella elevada montaña; con objeto de saludar á la Virgen Inmaculada, que desde tiempo inmemorial, los menorquines veneran como á su Madre y Protectora, bajo la advocación de Ntra. Sra. del Monte-Toro. Allí, sumisos y obedientes á la voz del Pastor de sus almas, y electrizados por la elocuente palabra de los oradores sagrados, al unísono con el clero, y al compás de la sonora música, entonaron entusiastas himnos de alabanza á María Inmaculada, á esa criatura sin igual, única en la creación, cuya alma no pudo manchar con su hálito ponzoñoso la serpiente infernal.

¿Puede darse espectáculo más imponente, triunfo más hermoso para la Virgen Inmaculada? Aquellos vítores con qué millares de voces la saludaron, aquellos melódicos cánticos con qué proclamaron sus glorias, sus privilegios y prerogativas, aquel júbilo y alegría con qué la invocaron; todas estas demostraciones de amor y veneración, que brotaron espontáneamente del corazón de los católicos menorquines, hendiendo los aires, subieron hasta el Trono de María, y resonaron dulcemente en sus oídos maternales, por cuanto el himno de alabanza con qué saludaron á la Virgen Pura en el Monte-Toro, no puede menos de repercutir en el orbe entero; y confundiendo con las aclamaciones de los católicos del universo, hacer más glorioso el triunfo de María Inmaculada, cuya creencia en la verdad de este augusto misterio se ve hoy reiterada por todos los pueblos de la tierra, de Oriente á Occidente, de uno á otro polo, los que, formando como un plesbicio colosal, á una con la Iglesia Católica, no se cansan de repetir, estas significativas y tiernas letrillas, suma y compendio del triunfo de María sobre la serpiente infernal:

«Todo el mundo en general,
A voces, Reina escogida,
Dice que sois concebida,
Sin pecado original.»

Bien por los católicos menorquines, que con su numerosa peregrinación al Monte-Toro, han cooperado á hacer más universal el triunfo de María, presagio del próximo triunfo de la Iglesia Católica, que no en vano celebra con tanta pompa en este año, el cincuenta aniversario de la proclamación del dogma de su Inmaculada Concepción.

LIC. PEDRO CAVALIER, *Pbro.*



LUZ DEL CIELO

Amica stella naufragis.

PARA los que surcamos los mares de la vida, siempre revueltos, pero hoy más que nunca alborotados, es dulce, ver como en medio de las nubes que se van amontonando en el espacio, cuando desaparecen todas las luces, continúa brillando una estrella de vívidos fulgores, á la cual volvemos instintivamente nuestros ojos, saludándola como á nuestra esperanza, como á nuestro faro.

Esta estrella serena, es María, á la que no han logrado envolver en sus tupidos repliegues, las nubes tempestuosas. ¡Ah! cuando al hombre cristiano, parece le faltan todas las otras luces, cuando en medio de las olas de furiosas borrascas, siente el estridente crujido del bajel de su alma, presa de sérios temores ante los peligros en que tantos padecen naufragio, entonces los ojos buscan con avidez á la *Estrella de los mares*, y al divisarla entre las brumas de un horizonte calimoso, brilla en esos ojos una lágrima y los labios murmuran esta invocación lacónica, pero sublime: *¡No me dejes, Madre mía!*

Disposición admirable de la Divina Providencia, especialísimo designio de la misericordia del Señor, que en estos tiempos saturados de Naturalismo, de corrupción y escepticismo, aparezca ante nuestros ojos la figura por demás atractiva de María Inmaculada. Sobre las encrespadas olas de tantas abominaciones, se cierne esta Estrella fulgurante, como presagio de días mejores, como luz que nos viene de lo alto, como faro que nos muestra el puerto de salvación.

En la mitad del siglo XIX aparece un gran Pontífice, el inmortal Pio IX, quien movido por inspiración del cielo, presenta á su época descreída y desmoralizada, la simpática figura de la más pura entre las Vírgenes, y colocando sobre su frente la diadema de Inmaculada, la presenta al mundo como medicina, como modelo, como luz y esperanza.

Y en los albores del siglo XX, que ha heredado de su antecesor el descreimiento y la desmoralización, aparece otro Pontífice, otro Pio, quien enlazando las primicias de su glorioso Pontificado, con el Jubileo quincuagenario de la Definición dogmática de la Concepción de la Virgen, vuelve á señalar como medicina de esta sociedad decrépita, la inmaculada beldad de esa Niña celestial, de María, cuya pureza sin mancha forma contraste con las abominaciones del sensualismo imperante; cuya preservación singular, encierra la confesión implícita del origen de todas nuestras miserias; cuya protección es el áncora de nuestras más hermosas esperanzas.

¡Fúlgida estrella, luz del cielo, faro inextinguible! ¡Sálvanos! Así clama el Pontífice Pio X, elevando sus ojos humedecidos por recientes pesares, hácia María, cuyos claros fulgores rielan sobre el mar amargo de la culpa. Y á la invocación del Papa, hace coro todo el orbe cristiano, repitiendo aquel suspiro de los discípulos del Señor, en medio de la tormenta: ¡Sálvanos! que si no, vamos á perecer.

¿Escuchará María, las fervientes plegarias del Pontífice y de su pueblo?

Responda por mí, el dulcísimo S. Bernardo: «Jamás ha acudido alguno á María, que no haya hallado favorable acogida en su amantísimo corazón.»

JUAN TUDURI, *Pbro.*

Á MARÍA INMACULADA

(DEPRECACIÓN)

¿CUYA es la España, María?
¿es su cielo tu bandera?
¿es tu blasón su hidalguía,
nuestras glorias tu alegría,
tu trono su fé sincera?

—
¿España vió en avanzada
tu nunca empañado brillo,
llamándote Inmaculada
Prudencio, León, Torquemada,
Juan de Juanes y Murillo?

—
¿Tu pueblo forma esa gente
de impávido corazón?...
¿Sí? ¿Y tu brazo omnipotente
consentirá á la serpiente
enroscarse á nuestro león?

—
Hora es ya que tu pureza,
de este tu pueblo gentil
sacuda infernal torpeza:
¡no ha de enfrenar un reptil
nuestra histórica braveza!

SEBASTIÁN JUAN SAMPOL DE PALÓS.

Diciembre de 1904.

DESEO Y SÚPLICA

EN grande estima se tiene en el mundo descender de noble estirpe, singulares privilegios se conceden á los descendientes de alta alcurnia, heráldicos blasones ostentan en sus escudos los grandes de la tierra, y cuantos por su pobreza material, oscuro nacimiento y humilde condición pueden arrimarse á las personas que la sociedad considera distinguidas y poderosas por uno ú otro concepto se consideran con un grado más

de felicidad que los que no han obtenido igual fortuna y permanecen aislados en su penuria y miseria.

Innumerables son las gracias que adornan á la Reina de los cielos y tierra, y entre los privilegios que más en estima tiene tan grande Señora figura el soberanamente imponderable de haber sido concebida sin mancha de pecado original con ser, como todo hombre, descendiente de los prevaricadores Adán y Eva.

No quiere para sus hijas, el que estas líneas escribe, más nobleza que la que da la acendrada devoción á la Virgen en su misterio de la Inmaculada Concepción, ni otros blasones desea ver relucir en todos sus actos que unas blancas azucenas emblema de la castidad y pureza.

A vuestra maternal protección y amparo, ó Virgen sin mancha, fervorosamente pongo mis seis angelicales criaturas, esperando de Vos, que ya que no fueron ni debieron ser preservadas de culpa original, les ayudareis á preservarse de culpas personales.

Y si en el conocimiento de las cosas humanas que os infunde la sabiduría infinita previerais que la astuta serpiente debe mancharlas con el mortífero veneno de la deshonestidad, desde este mismo instante, os suplico Señora, recabéis de vuestro queridísimo Hijo el decreto de trasplantar tan tiernecitas flores á la región donde no hay sombra de pecado, para que en unión de otros tres ángeles, hermanitos suyos que allí moran tiempo hace, formen un coro especial de nueve ángeles que sin cesar os diga:

*Sois concebida, María,
sin pecado original.*

ANTONIO ANGLADA,
Abogado y Notario.

NON SUM DIGNUS

PÍDEME V., amigo mío, algo, en prosa ó verso, con que llenar un huequcito en el número que ese excelente periódico trata de dedicar á la Virgen Santísima con motivo del quincuagésimo aniversario de la Definición Dogmática de la Inmaculada Concepción de Nuestra Reina y Señora, y yo que no me siento ni con ánimo de desairarle á V. ni con el de atreverme á tocar con mi pecadora pluma asunto tan ideal y tan purísimo, me declaro insolvente del todo, pues en el corto espacio de tiempo que me da V. para entregarle lo que V. desea, y sobre los muchos trabajos que sobre mí pesan, dudo que pudiera tener una hora de inspiración suficiente para idear una composición, no digna de tan alta Señora (que esto es imposible), sino digna del asunto de su Concepción Inmaculada. Que así

como para festejar á un Rey, bastárame una hora de vena y no me recordaría la conciencia si la composición no fuese muy primorosa, para festejar á la Reina de las Vírgenes y sobre todo en misterio tan alto, purísimo é ideal, no me siento con fuerzas suficientes y ya sabe V. que no hay nadie capaz de hacerme escribir ni una frase cuando yo creo que no debo escribirla. Hablen los ángeles de ello, canten ese misterio los querubines; pero cálleme yo y no tenga para tratar de la Virgen sin mancilla más voz que la del corazón en sus íntimos coloquios y los suspiros de mi amor para con Ella.

En todos los tiempos ha sido alta y soberanamente ideal á los ojos de los cristianos la figura escelsa de la Virgen Madre de Dios, Deseada por todas las razas y por todos los siglos anteriores á Ella, aun por los mismos paganos; pero el concepto católico, hace cincuenta años elevado á Dogma, de haber sido concebida sin pecado, idealiza hasta tan alto punto esa figura única, colocada entre Dios y el hombre para la redención nuestra, que ni el cincel ni el pincel ni la pluma ni la lira podrán darnos jamás una idea ni un trasunto de la belleza, de la pureza, de la excelsitud del más alto dechado de perfección entre todas las criaturas.

Estése, pues, queda la pluma y hable el corazón.

ANGEL RUIZ Y PABLO.

JESÚS, FRUTO DE MARÍA

EN diferentes calidades de tierra cayó la semilla que echaba el divino sembrador; la depositada en tierra buena rindió fruto, una á razón de ciento, otra de sesenta y otra de treinta.

Como María reunía en si todas las disposiciones que precisun para que se halle debidamente abonada la tierra para recibir la semilla que en ella se deposite, llevó fruto de treinta como Virgen, de sesenta como Maestra y de ciento como Mártir.

Por este triple concepto la Augustísima Trinidad coronó á María con tres coronas de gloria accidental que los teólogos llaman laureolas ó coronas de laurel porque conserva este siempre su verdor; la de virginidad porque fué María virgen de vírgenes, la de maestra porque María fué maestra en religión enseñando los misterios de la fé á los maestros de ella, los apóstoles, y la del martirio porque fué María mártir en la pasión de su divino Hijo.

¿Cuál es la causa de ser María la más abonada tierra para recibir la semilla del divino sembrador y rendir por tanto copiosísimos frutos?

Su concepción inmaculada, que la preservó de todo mal figurado por las aves que arrebatan la semilla que el sembrador echaba y caía junto al camino.

Su concepción Inmaculada, que limpia de toda imperfección é impureza la libró de los cuidados del siglo y falso brillo de las riquezas que ahogan la palabra divina, como las espinas que erizan la tierra y ahogan la semilla en ella caída.

Su Concepción Inmaculada que haciéndola jardín cerrado á toda inmundicia, y huerto florido de toda virtud, recibió la semilla echada por el Espíritu Santo y que rindió el más excelso y copiosísimo fruto que imaginarse pueda, el Hijo del Altísimo.

Cuanto más, pues, los mortales nos acerquemos á María imitandó sus virtudes, en especial su pureza virginal en que fué concebida, mayores y más sabrosos serán los frutos que daremos mientras vivamos en esta tierra en que el divino sembrador echa continuamente su semilla.

FRUTOS.

MARÍA INMACULADA

¿CUAL es el canto que hoy entona todo el orbe católico, canto sublime que encierra en sí la aureola más brillante, que puede ofrecer el corazón del hombre á la Reina de los cielos.

Las prerogativas y las gracias que adornaron aquella incomparable criatura, pudiéramos decir que se unen como en hermosa síntesis, en esta mágica palabra, que con fé pura repite el mundo entero, como eco indefinido de lo que oyeron por vez primera los venerandos muros de S. Pedro de Roma, en 8 de Diciembre de 1854.

¡María Inmaculada!... Todavía parece se oyen bajo la soberbia cúpula del Vaticano, los ecos de aquella ovación sin igual, tributada á la Cátedra Suprema de la Verdad; al definir como dogma de fé, lo que ya era universal creencia, esto es, que la Madre de Jesucristo, fué concebida sin mancha de pecado original.

Parece que nuestros ojos buscan aquella venerable figura del gran Pio IX, y se esfuerza nuestra imaginación para reconstituir el cuadro admirable que ofreció la Basílica Vaticana, cincuenta años há. Felices los que se encontraron en Roma en aquel entonces y presenciaron aquel espectáculo tan grato á los ángeles y á los hombres...

Mas, no será pequeña la dicha que vamos á experimentar con el favor de Dios, los que por disposición de su Providencia nos hallamos en Roma en este Año Jubilar. Ansiamos ya, llegue el momento de presenciar como el bondadosísimo Pontífice

fié Pio X, revestido de sus ornamentos pontificales, con todo el aparato propio de estas grandes solemnidades, coronará la Imágen de María Inmaculada, en la misma Basílica y en el mismo día, en que su antecesor Pio IX, declaró, cincuenta años há, ser dogma de fé, la Purísima Concepción de María.

Interin llega esta fiesta vivamente añhelada, aclamemos á nuestra Purísima Madre de los cielos, llamándola Inmaculada, como así la llamó Pio IX, desde su Cátedra infalible.

¡María Inmaculada! he aquí el ideal sublime, que ha hecho surgir á los golpes del cincel, las más bellas esculturas.

¡María Inmaculada! he ahí el número divino, que inspira al trovador las más entusiastas endechas.

¡María Inmaculada! he aquí la inspiración, que combina las más dulces melodías, débiles ecos de las cítaras angélicas.

¡María Inmaculada! he aquí la palabra temida, que hace estremecer de furor y despecho á la antigua serpiente.

¡María Inmaculada! He aquí el signo que anuncia al pueblo cristiano la aurora de sus más halagüeñas esperanzas.

JOSÉ TUDURI MOLL.

Roma, Noviembre 1904.

DEFINICIÓN DEL DOGMA DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN DE MARÍA SANTÍSIMA

En honor de la Santa é individua Trinidad, para esplendor y ornamento de la Madre Virgen de Dios, exaltación de la fe católica y aumento de la Religión cristiana; con la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados San Pedro y San Pablo y la Nuestra, declaramos, fallamos y definimos que ha sido revelada por Dios, y debe ser creída firme y constantemente por todos los fieles, la doctrina que sostiene que la Beatísima Virgen María, en el primer instante de su Concepción, fué preservada inmune de toda mancha de culpa original por singular gracia y privilegio de Dios Omnipotente, en vista de los méritos de Cristo Salvador del linaje humano.

(PIO IX—Bula INEFFABILIS DEUS.)

TIPOGRAFIA CATOLICA DEL S. CORAZON DE JESUS. Calle de José M. Quadrado.